

Intervención de la Sra. Ministra en la Comisión para la Reconstrucción Social y Económica. Congreso de los Diputados, 9 de junio de 2020

Señorías:

Quiero comenzar expresando mi solidaridad con todas las personas afectadas por el COVID-19, compartiendo el dolor por las víctimas del virus, por sus familiares, por sus amigos, por sus cercanos.

También quiero transmitir mi reconocimiento al conjunto de la sociedad española por el esfuerzo que ha hecho durante estos últimos meses para contribuir a la contención de la pandemia, porque sin ellos y sin este esfuerzo colectivo no estaríamos hoy aquí debatiendo sobre la reconstrucción social y económica de España.

Esta Comisión tiene un cometido clave para el futuro de nuestro país, una gran responsabilidad: la de buscar acuerdos para la reconstrucción social y económica del conjunto de España, tarea que es absolutamente necesaria.

Y todos intuimos que esa reconstrucción pasa por una respuesta europea, que es precisamente el motivo por el cual esta Comisión ha definido a la política europea como uno de sus cuatro grupos de trabajo.

Señorías, decir que no a todo puede tener rentabilidad política a corto plazo, pero no es aquello para lo que fuimos elegidos o designados. Estamos aquí para servir a nuestros ciudadanos, no para cultivar nuestras ambiciones. Debemos de ser capaces de demostrar que podemos trabajar juntos, ya que ningún otro problema es más urgente; ningún debate es más importante que el que hoy nos trae aquí.

Se trata de recuperar el espíritu de los mejores años de este país. Si echamos la vista atrás y nos fijamos en la España de hace 40 años, vemos que partíamos de una clara situación de desventaja con respecto a nuestros socios europeos.

Entonces, tras casi cuatro décadas de dictadura, la Transición política puso el contador a cero en un contexto de debilidad económica y en plena crisis del petróleo. La Constitución de 1978 consagró la economía social de mercado como el modelo de desarrollo económico para nuestro país. Pasamos de ser una de las

economías más cerradas y proteccionistas de la Europa occidental a convertirnos en lo que hoy somos: un país abierto, competitivo y dinámico.

Y eso fue posible por una palabra cuya importancia parece haber quedado olvidada: la palabra consenso. Consenso que aplicaron los que nos precedieron con este espíritu de Estado, de servicio público con mirada larga. Hace 42 años la prueba del valor de aquel consenso para la sociedad española fueron los Pactos de la Moncloa y la Constitución. Hoy, tenemos que ser capaces de recuperar el espíritu del consenso, del diálogo y del acuerdo. Y recordar que los hitos de la historia están marcados por retos aparentemente imposibles. No se trata de pensar igual, no se trata ni siquiera de estar de acuerdo, pero se trata de trazar una senda por la que todos podamos caminar juntos.

La historia de éxito de la España contemporánea no hubiera sido posible sin la Unión Europea. La transformación económica, social y política de España en estas últimas décadas no tiene precedentes en nuestra historia. El sistema político español, y su vida económica y social están hoy irreversiblemente europeizados. Como resultado, tras más de treinta años de integración, la España de 2020 tiene bastante poco que ver con la de 1986. En este tiempo, hemos completado con éxito un proceso de modernización política, económica y social gracias al cual hemos pasado de estar en la periferia menos desarrollada de Europa a estar hoy en el centro de la política europea.

España y Europa habían venido avanzando en este recorrido histórico y es indiscutible que habían tenido décadas de prosperidad únicas. Pero no se nos oculta que el proyecto europeo estaba sufriendo tensiones, que hablaban de dificultades estructurales y retos nuevos a los que nos costaba dar respuesta. Y tampoco se nos escapa que en España persistían debilidades serias en nuestro sistema económico y de protección social.

Y en esto llegó el COVID. Y se convirtió en el reto de nuestra generación.

La crisis global de salud pública que vivimos por el COVID-19 se ha mostrado, en toda su crudeza, como la mayor amenaza que sufre Europa desde la II Guerra Mundial, cuando precisamente se cumplen 70 años de la Declaración de Schuman que dio lugar a lo que es hoy

la UE. Nuestra forma de vida, nuestro sentido de la paz y la seguridad como sociedades avanzadas y de bienestar, se está viendo en riesgo por la incertidumbre y la inestabilidad que está provocando el virus tanto a nivel sanitario como económico, con un parón económico y un aumento del desempleo y de la pobreza como no habíamos visto en nuestra historia reciente. Al igual que en 1950, nuestra ambición debe estar a la altura de los desafíos del presente, en un momento en el que el virus ha costado ya la vida a muchos miles de personas y ha causado daños irreparables y confinado en sus hogares a más de mil millones de personas en el mundo.

Una vez más, como pasó en la gran crisis financiera y económica del 2008, se demuestra que los estados nación, por sí solos, no son espacios de gobernanza suficientes para hacer frente a un reto de estas proporciones.

Europa ha sufrido un duro golpe debido a la crisis sanitaria del COVID-19. Con el confinamiento y el cierre de sectores enteros, la economía de la UE se contraerá al menos en un 7 % este año, una caída significativamente peor a la que sufrimos en 2009, y España no será una excepción en ese deterioro de la situación económica europea.

Son muchos los afectados por esta crisis. Personas que han perdido el empleo o temen perderlo, empresas que sufren la interrupción de sus cadenas de suministro y gobiernos que ven caer sus ingresos fiscales y aumentar el gasto en asistencia social, lo cual inevitablemente traerá déficits presupuestarios y mayores niveles de deuda. De hecho, la deuda pública mundial ya ha alcanzado su cota más alta en tiempos de paz.

Europa ha sufrido tres crisis en doce años: la crisis financiera; la crisis del euro, como consecuencia de la primera; y luego la crisis migratoria. De hecho, hemos estado en un estado de polycrisis en estos últimos 12 años.

Pero ahora Europa se enfrenta a una crisis diferente: una crisis existencial. Existencial por asimétrica, por su impacto paradójico a las esencias de la UE, y por recalar en un terreno plagado de fracturas acuciantes:

La pandemia está teniendo efectos asimétricos en toda la eurozona. La capacidad fiscal de los Estados varía enormemente. Es una crisis

simétrica en su origen, pero una crisis que va a tener diferentes impactos, diferentes consecuencias, en cada Estado Miembro de la UE.

Supone un desafío incluso mayor que anteriores crisis, pues la batalla se libra en un ámbito, el de la salud, en que la UE carece de competencias efectivas. Pero, paradójicamente, tiene un alto potencial de impacto negativo en sus tres principales logros: el Mercado Interior, el espacio Schengen y la Unión económica y monetaria.

Las grandes crisis suelen ser aceleradores de tendencias y esta crisis puede amplificar dinámicas ya existentes a las que la Unión Europea y España tenían que dar respuesta: una fractura social que acentúa la injusticia en nuestro sistema socioeconómico, una fractura medioambiental que puede hacer invivible nuestro entorno y una fractura tecnológica que convierte de pronto en obsoletos a muchos de nuestros habitantes, amén de una fractura democrática, que también estamos viviendo.

El orden que hemos conocido hasta ahora, basado en un marco de reglas y normas internacionales comúnmente aceptadas, en instituciones multilaterales sólidas, con el respeto a los derechos humanos, un comercio abierto, el fomento de la integración regional ya estaba fuertemente cuestionado. La propia democracia liberal como forma de gobierno se encontraba ya bajo seria presión. La competición geopolítica por un orden multipolar se había acentuado.

Debemos evitar caer en la tentación de los que buscan como salida a la crisis un orden global más cerrado, menos integrado y menos multilateral, en el que de nuevo se levantan muros entre países.

Señorías, les transmito estas consideraciones porque me parece muy relevante entender lo que la pandemia ha supuesto para Europa. Y también me he detenido en interpretar lo que Europa y el proceso europeo han significado para España. Para saber dónde queremos ir, es útil ver de dónde venimos.

Pero creo que no debemos limitarnos a interpretar el pasado. Tenemos que pasar a la acción, Europa debe actuar, debe gestionar el momento. Y España sólo podrá gestionar satisfactoriamente este momento actuando políticamente en clave europea. El largo viaje a Europa terminó hace décadas: ya no vamos a Europa, ahora somos

Europa. Europa, por tanto, ya no es nuestra solución, es nuestra responsabilidad.

El momento es muy complejo, pero ofrece tanto a España como a la Unión Europea UE una oportunidad de reconstrucción solidaria que integre de manera decidida la sostenibilidad, la inclusión y la digitalización, así como un mayor desarrollo de su pilar social.

Debemos ser capaces de dar respuestas a corto, a medio y a largo plazo; contestando a preguntas que nos marcarán durante décadas y sabiendo que el ámbito internacional y el nacional están íntimamente unidos al ámbito europeo.

Si me permiten utilizar el símil con un barco, para aquellos que les guste la navegación. A este barco en el que nosotros vivimos, el barco europeo, le ha azotado una violenta tormenta. Europa ha tenido que afrontar medidas urgentes para mantener la nave a flote. La hemos mantenido a flote. Ahora tenemos que tomar medidas de corto y medio plazo que nos permitan reparar los daños causados por esta tormenta y preparar al barco de mayor capacidad de navegación.

Europa debe dar una respuesta económica a la mayor crisis conocida después de la II Guerra Mundial. Si no somos capaces de resolver la crisis presente, estará en peligro nuestro mercado interior y será muy difícil hablar de un futuro compartido. Si queremos que Europa sea más soberana, tenemos que asegurarnos de que Europa será más solidaria.

El mensaje que el Gobierno quiere transmitir es claro: hay que ir más allá. Por ello, España va a defender una profundización de la solidaridad y responsabilidad económica que complete la Unión Económica y Monetaria, que permita desarrollar una política fiscal europea y que, a la vez, dote de contenido relevante al pilar social europeo.

Vamos a seguir defendiendo más Europa: para poner en marcha una recuperación verde que apoye la transición ecológica, para favorecer la digitalización de nuestras economías, para que se preste atención a sectores especialmente afectados como el turismo o el transporte y para que se invierta en una mayor autonomía estratégica de Europa.

Vamos también a impulsar un acuerdo entre la Unión Europea y el Reino Unido que nos ayude a preparar este futuro, separados, pero cooperando.

Nuestra urgencia ahora es construir un marco financiero plurianual y un fondo de recuperación económico y social que ayude a toda la Unión Europea a superar la crisis económica. España ha presentado propuestas concretas que están contribuyendo de manera decisiva a construir un consenso europeo. Hemos propuesto que el Fondo de Recuperación sea ambicioso, a imagen de la profundidad de la crisis que se avecina. Un fondo que sea flexible y que ayude más a los países que más han sufrido la crisis post-COVID y que concentre el esfuerzo financiero en los dos o tres primeros años. Un fondo financiado con deuda europea que haga transferencias a los países. Tendremos ahora que trabajar todos juntos para lograr que este Fondo se apruebe lo antes posible porque de ello va a depender, en gran manera, la salida de la crisis para España.

Un fondo de estas características sería hoy el equivalente a lo que supuso para la UE la creación de los Fondos de Cohesión, que en 1993 también impulsó España, o el nacimiento de la moneda única europea, el euro, que también nació en 1995 en Madrid.

Por otra parte, tenemos que redefinir los contenidos y características del próximo marco financiero plurianual, que desempeñará un papel central en la recuperación económica. También España aquí ha presentado ideas subrayando la necesidad de un presupuesto que sea cuantitativa y cualitativamente más ambicioso, que garantice la cohesión, el apoyo a la agricultura, la convergencia de nuestras regiones, la transición verde, la digitalización o la innovación, así como el apoyo a nuestros socios de países en desarrollo. Todo ello desde la flexibilidad. Igualmente, consideramos necesario que el presupuesto tenga una función de estabilización para la eurozona con un sistema robusto y justo de recursos propios y que se avance hacia la armonización fiscal y la erradicación de prácticas fiscales desleales entre los Estados miembros. Con esta propuesta España se coloca en el centro del juego europeo. Queremos una Europa más fuerte y estamos dispuestos a contribuir a ello con responsabilidad, con solidaridad y con pragmatismo.

Y cuando digo con responsabilidad, digo que somos responsables. Que en España, mientras impulsamos estas reformas en Europa,

también estamos haciendo nuestras tareas de reformas en España. Y lo estamos haciendo, como hemos visto en semanas recientes, con el proyecto de ley de cambio climático o de transición energética, con el plan de economía circular o con el ingreso mínimo vital. Todos ellos claros ejemplos de cómo España está comprometida con hacer lo que dice y decir lo que hace.

Europa también se ha dado cuenta, volviendo al símil de esta nave en la que todos navegamos, de que en el terreno sanitario tenía graves carencias. Ha observado por dónde entraba agua en la nave y qué tenía que hacer para reparar esta nave para que en lo sucesivo esto no vuelva a suceder.

El Covid-19 nos ha permitido ver con claridad que Europa carecía de unos mecanismos básicos sanitarios con los que gestionar situaciones como la que se ha producido. Ahora ya lo sabemos y no nos podemos permitir que una nueva crisis nos sorprenda en el futuro con las mismas debilidades con las que lo ha hecho esta. Tenemos que avanzar hacia una Unión Europea que sea también una comunidad solidaria en cuanto a política de salud, y que abarque al menos los siguientes aspectos:

En primer lugar, esquemas europeos de gestión efectiva de crisis sanitarias. Ante una pandemia o una catástrofe similar es preciso movilizar recursos en muy poco tiempo; debemos tener la capacidad de generarlos y compartirlos entre europeos, por el mensaje político que ello conlleva, pero también por la eficiencia que ello supone. Tenemos en mente el modelo de nuestra propia UME, por ejemplo, y por eso, estamos lanzando la idea de que una institución similar a nivel europeo pueda tener la capacidad de actuar con inmediatez y transmitir la idea de que cuando la enfermedad castiga a los ciudadanos, Europa será el origen de la primera e inmediata reacción solidaria.

En segundo lugar, en materia de almacenamiento de medicamentos y material sanitario, también debemos sacar conclusiones. Europa debe contar con una reserva estratégica, y si llega de nuevo una pandemia, debe tener acumulado todo aquello con lo que hacer frente a esta situación.

En tercer lugar, debemos dar un empuje europeo conjunto a la innovación en materia sanitaria. Desde el desarrollo de vacunas, la investigación de tratamientos, la tecnología de rastreo y prevención

de contagios, Europa puede y debe ser un espacio de conocimiento sanitario y científico compartido del que se beneficien todos sus ciudadanos.

En cuarto lugar, los sistemas sanitarios de todos los Estados miembros deben ofrecer a sus ciudadanos un nivel de resistencia a la adversidad mínimo garantizado. Esto lo aprendimos durante la crisis del 2008 con los famosos test de estrés a los sistemas financieros, cuando entendimos que necesitábamos asegurar la resiliencia de los sistemas financieros. Pues bien, hoy necesitamos algo similar. Un sistema de test de estrés de nuestros sistemas sanitarios a nivel europeo, que garanticen la resiliencia de nuestra sociedad.

En quinto y último lugar, Europa debe liderar la agenda internacional en materia de cooperación sanitaria. Debe llevar su voz a los grandes foros internacionales, a la OMS, al G-20, y a las instituciones financieras internacionales, para hacer de la política sanitaria un ámbito de cooperación global, para movilizar recursos en favor de las regiones que afrontan las pandemias con sistemas sanitarios más débiles y con sociedades más vulnerables y desiguales. Europa debe ser un actor relevante a la hora de impulsar la cooperación multilateral también en lo sanitario.

Pero, Señorías, no hay ningún viento favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige. Europa debe hacer este ejercicio de reflexión, saber hacia dónde dirigirse en las aguas de un mundo geopolítico instalado en el conflicto y en la fractura. El mar sigue revuelto, tenemos que ser capaces de sacar la brújula, orientar bien la velas y volver a poner los motores a pleno rendimiento y mirar a largo plazo.

Y, en mi opinión, debe hacerlo ateniéndose a estas tres pautas:

Europa debe invertir en su autonomía estratégica. Podrá regresar una pandemia sanitaria en breve o tardar en hacerlo años, podrá venir de forma imprevista una crisis de seguridad o cualquier otro tipo de suceso imprevisto o tal vez no ocurrir en muchos años. Pero en cualquiera de esos casos, España y Europa se van a ver sometidas a tensiones, a las tensiones propias de un mundo con unos desequilibrios y, por ello, Europa debe garantizar a sus ciudadanos un marco de seguridad. Europa necesita invertir en mejorar la capacidad de acción exterior en materia de seguridad y defensa, pero también necesitamos autonomía estratégica en materia de cadenas



de valor, innovación, en industrias críticas, o en tecnología. Finalmente, Europa debe ser capaz de construir una posición internacional propia sobre sus valores e intereses en un mundo cada vez más polarizado entre China y Estados Unidos.

En segundo lugar, Europa debe ser un actor multilateral respetado, una voz activa en favor de la cooperación multilateral. Vivimos una tensión creciente en los ejes que han cimentado la cooperación global en las últimas décadas. Nos hubiera probablemente costado imaginar en años anteriores que el nivel de confianza entre dos potencias como China y Estados Unidos hubieran podido llegar a niveles tan bajos. Y, sin embargo, Europa tiene que contribuir a que la cooperación multilateral sea posible. Ya sea en materia de comercio internacional, de lucha contra el cambio climático, contra las desigualdades o discriminaciones, la acción europea tiene que ser un punto de encuentro. Debemos impulsar la cooperación multilateral en todos estos ámbitos, porque de ello se beneficiará el sistema internacional, pero también los ciudadanos europeos y, por tanto, los ciudadanos y ciudadanas españoles.

En un entorno complicado y turbulento, Europa debe ser la voz de la razón, de la moderación y del diálogo, de la cooperación y el encuentro y es aquí donde Europa, y España dentro de Europa, debe impulsar una relación más estrecha con sus vecinos, sus vecinos del Sur, con Latinoamérica y con África.

Y en tercer lugar, Señorías, Europa tiene que orientarse a largo plazo con firmes convicciones políticas. Europa es un espacio donde las democracias liberales han llegado a un nivel máximo de desarrollo. Los valores europeos, la democracia y el respeto a los derechos humanos como definición misma de lo que los europeos somos y aquello en lo que creemos no se pueden poner en cuestión por más que el entorno digital en el que vivimos haya cambiado, o lo hayan hecho las siglas que componen los arcos políticos de nuestros parlamentos. Somos una comunidad política asentada en la pluralidad, en el respeto a las minorías y en la promoción de un progreso económico y social justo. Y a esas convicciones políticas debemos darles un impulso renovado, en materia por ejemplo de igualdad de género, o en garantía de derechos y libertades. La próxima Convención sobre el futuro de Europa y la fase política en la que nos encontramos en general nos ofrece una buena oportunidad

en este sentido, involucrando para ello a todos los actores españoles y, en particular, a las regiones.

La crisis de la COVID-19 está afectando a todas las facetas de la vida de las personas en todos los rincones del planeta. La única manera de compensar tanto sufrimiento es hacer todo lo posible por forjar un futuro más sano, equitativo y próspero.

Pero siendo honestos, ninguna de estas reformas será posible si no bajamos el tono de crispación en este país. Necesitamos acabar con la idea de que los partidos deben estar siempre trabados en una campaña perpetua de discusión mutua.

Señorías, sé que lo que les estoy pidiendo es difícil. Pero también sé otra cosa: si la gente hubiera optado por lo fácil hace cuarenta años probablemente no estaríamos aquí. Estemos a la altura del desafío que se nos ha encomendado. Que no tengamos que avergonzarnos el día de mañana a la hora de rendir cuentas ante nuestros conciudadanos.

Gracias, Señor Presidente.